



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Departamento de Filología

Hispánica y Clásica

CUESTA TORRE, María Luzdivina, "Nuevas formulaciones del tópico del caballero soberbio en el Olivante de Laura de Antonio de Torquemada", *La maravilla escrita. Torquemada y el Siglo de Oro*, eds. J. Matas, J. M. Trabado, J. J. Alonso Perandones, León, Universidad de León, 2005, pp. 321-341.) ISBN 84-9773-193-X.

**Nuevas formulaciones del tópico del caballero soberbio
en el *Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada**

Por M^a Luzdivina Cuesta Torre
Universidad de León

El *Olivante* es la obra de Antonio de Torquemada que ha sido objeto de menor atención por parte de la crítica, a pesar de ser un libro de caballerías ameno, entretenido y, sobre todo, bien escrito.¹ Muy pocos trabajos se han centrado en él.² Claro está que el género al que pertenece hasta épocas bastante recientes tampoco ha sido muy afortunado en cuanto a la dedicación de los estudiosos, a excepción hecha de algunas obras como el *Amadís*, y en menor grado el *Palmerín*

¹ Lina Rodríguez Cacho, "La frustración del humanista escribiente en el siglo XVI: el caso de Antonio de Torquemada", *Criticón*, 44 (1988), pp. 61-73, ha visto en Torquemada a un escritor frustrado en su actividad de escribiente, que no le permitía utilizar el estilo deseado y que desahogó esta insatisfacción en sus obras, en particular en su *Manual de escribientes*. Para Isabel Muguruza, *Humanismo y libros de caballerías. Estudio del Olivante de Laura, de Antonio de Torquemada*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1996, p. 400, el sentido final del *Olivante* sería precisamente permitir a Torquemada utilizar libremente "su imaginación y su habilidad discursiva" y darle la oportunidad de poner en obra su "gusto por la narración fantástica, los temas amorosos y pastoriles, el discurso alegórico, las cartas y poemas de amor" a la vez que corregía los errores del estilo caballeresco de Feliciano de Silva, que él mismo había criticado en su *Manual*.

² Además de Lina Rodríguez Cacho, quien ha revelado importante información sobre el robo del *Olivante* y la autoría de Torquemada en "Don Olivante de Laura como lectura cervantina: dos datos inéditos" *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, Alcalá de Henares, 6-9 nov. 1989*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 515-525, ha trabajado reiteradamente sobre esta obra María Isabel Muguruza, algunas de cuyas publicaciones, surgidas de su dedicación al *Olivante* en su tesis doctoral, iremos citando a lo largo de esta exposición. Por su parte María Ángeles Bosch realizó una tesis de licenciatura, perdida en la actualidad. James H. Elsdon trata del *Olivante* en su estudio de carácter general de 1937 *On the Life and Works of the Spanish Humanist Antonio de Torquemada*, Berkeley, University of California Press, pp. 127-186. Jose Manuel Lucía reproduce las dos portadas de lo que considera dos emisiones del *Olivante* en "Libros de caballerías impresos, libros de caballerías manuscritos (observaciones sobre la recepción del género editorial caballeresco)", *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, Valencia, Universitat de València, 1998, pp. 311-341. También Jorge F. Sáenz Carbonell, en un estudio inédito estudia la influencia del *Clarián de Landanis* en el *Olivante*, según referencia 1569 de Daniel Eisenberg y M^a Carmen Marín en su valiosa *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000, p. 292, quienes reseñan también los estudios antes citados. Jesús Duce García ha publicado "Apuntes de realismo y originalidad en don Olivante de Laura", *Volver a Cervantes. Actas del IV congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas. Lepanto, 1/8 de octubre de 2000*, ed. Antonio Bernat Vistarini, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 517-530, y *Olivante de Laura de Antonio de Torquemada (Barcelona, Claude Bornat, 1564) Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002. A Lina Rodríguez Cacho e Isabel Muguruza debemos la edición de las *Obras completas* de Torquemada, en dos tomos (Madrid, Turner, 1997), por la que citaremos en adelante.

de *Olivia*, hasta el punto de que la inmensa mayoría de los libros de caballerías permanecían hasta hace pocos años sin editar.³ El tema que nos ocupa, el de la soberbia como vicio anejo al mal caballero, es tema fundamental de los libros de caballerías renacentistas, y por tanto del *Olivante de Laura*, obra en la que adquiere un especial relieve. Sin embargo, tampoco ha recibido atención, salvo en un artículo de hace ya algunos años que se centra en el *Amadís de Gaula*.⁴

La asociación de la soberbia con la caballería se había ido consolidando a través de los textos literarios, en los que poco a poco se había convertido en tópica, hecho al que no debía ser ajena la propia observación de la realidad. El tema del caballero soberbio se introduce en la literatura castellana con el *Libro de Alexandre*: el anónimo autor de esta original versión de la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon volcó la visión positiva del protagonista que presentaba el poema en hexámetros latinos mediante la adición de un rasgo preponderante en el carácter de Alejandro Magno: el de la soberbia. A partir del momento en que este rasgo se manifiesta, cuando Alejandro desciende al fondo del mar (cc.2317-2321), la actitud del poeta hacia él pasa de ser elogiosa a ser crítica.⁵ La advertencia contra la soberbia y la vanagloria del mundo es para muchos críticos la finalidad y el sentido fundamental del poema, y uno de sus temas principales, junto con el de la traición y el del menosprecio del mundo.⁶ La soberbia de Alejandro, cuya última manifestación es su deseo de conquistar los infiernos, genera el permiso divino para que el diablo, provocando la traición, acabe con él (cc. 2321 y 2324-2333). El relato de la vida de Alejandro está protagonizado, mediante una serie de medievalizaciones, por el prototipo del caballero-rey medieval, y en cierto modo constituye la primera novela en castellano.⁷ La soberbia del protagonista, que se manifiesta en su deseo de conquistarlo todo y de saberlo o conocerlo todo, abarca

³ La situación está cambiando notablemente, giro del que es buen testigo la *Bibliografía* de D. Eisenberg y M. C. Marín que acabamos de citar y al que ha contribuido decisivamente la dedicación del Centro de Estudios Cervantinos de Alcalá de Henares a través de dos colecciones: "Los libros de Rocinante", que por fin edita de forma sistemática los textos caballerescos, y las "Guías de lectura caballerescas", en las que encontramos, además de un resumen de las obras, un diccionario y un listado de personajes, la reproducción de los índices y la bibliografía existente en torno a ellas.

⁴ Winston A. Reynolds, "Los caballeros soberbios del *Amadís*", *Cuadernos hispanoamericanos*, 350 (1979), pp. 387-396.

⁵ La *Alexandreis* no es la única fuente del *Libro de Alexandre*, pero sí la principal. Como tal ha sido estudiada por R. S. Willis, *The Relationship of the Spanish Libro de Alexandre to the Alexandreis of Gautier de Châtillon*, New York, Klaus Reprint Corporation, 1965 y por Ian Michael, *The Treatment of Classical Material in the "Libro de Alexandre"*, Manchester, University Press, 1970.

⁶ Ian Michael, *The Treatment of Classical Material in the "Libro de Alexandre"*, pp. 278-286; Peter. Bly y Alan Deyermond, "The Use of figura in the *Libro de Alexandre*", *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 21(1972), pp. 151-181; Jesús Cañas, "Introducción" a su ed. del *Libro de Alexandre*, Madrid, Cátedra, 1995 (1^a ed. 1978), pp. 75-80; o Isabel Uría, "La soberbia de Alejandro en el poema castellano y sus implicaciones ideológicas", *Anuario de Estudios Filológicos*, 19 (1996), pp. 513-528.

⁷ Alan Deyermond había advertido ya en "The Lost Genre of Medieval Spanish Literature", *Hispanic Review*,

los dos aspectos de la personalidad del héroe: el caballeresco y el clerical, aunque con el predominio del primero, respecto al cual el segundo constituye una faceta. En esta obra queda unido por primera vez el motivo literario de la soberbia al del caballero vencedor. El poema critica la soberbia del protagonista y la convierte en la causa de su caída, además de empañar la imagen de perfección caballeresca que había tenido Alejandro hasta manifestar ese vicio. La moralización, aspecto típico de las obras del mester de clerecía, se vuelca especialmente sobre este defecto, particularmente apropiado para quien se presenta como el conquistador de todo el mundo conocido. En el *Alexandre* la soberbia es castigada por ser un pecado, pero no por ser un rasgo contrario a la caballería y sus normas, aspecto que no entra en consideración. Esto puede percibirse en que no es otro caballero quien castiga la soberbia de Alejandro, sino Dios mismo, aunque actúe indirectamente.

Si anteriormente no encontramos en la épica el tema de la soberbia (apenas en el episodio del tablado en las bodas de doña Lambra, en la reconstrucción del *Cantar de los infantes de Salas*), en el siglo XIV el cantar de *Las mocedades de Rodrigo* presenta a un héroe que contrasta vivamente con la imagen que del mismo personaje había transmitido en 1207 el *Poema de Mio Cid*: frente a la mesura, a la moderación del Cid maduro del *Poema*, el juvenil Rodrigo de las *Mocedades* se caracteriza por su arrogancia, su orgullo y su descortesía, características todas ellas que no constituyen sino diversas caras de la soberbia, cualidad que el protagonista manifiesta incluso frente a su mismo rey o frente al Papa, y que el narrador parece valorar positivamente, como un rasgo que evidencia el valor del héroe.⁸ La arrogancia de Rodrigo cuadra bien con la época en que se escribe la obra, en la que el respeto por las instituciones, tanto civiles como eclesiásticas, ha entrado en crisis. Sin embargo, esta estimación positiva de la soberbia contrasta con la crítica del caballero soberbio en otras obras del siglo XIV, en las que se presenta como una cualidad negativa propia, aunque no exclusiva, de este grupo social. En el *Libro de Buen Amor*, cuando se acusa al Amor de ser origen del pecado de soberbia, se ejemplifica con el cuento del caballo y el asno. El caballo soberbio es la cabalgadura de un caballero que va a enfrentarse a otro porque burló a una dueña (c. 237). En el *Rimado de Palacio*,

43/3 (1975), pp. 231-259, en contra del olvido que sufría el género de la novela medieval, achacando éste en parte al hecho de que muchas novelas medievales se hubiesen clasificado como pertenecientes a otros géneros, especialmente cuando se encontraban en verso, como el *Libro de Alexandre* o el *Libro de Apolonio*. Por su parte, Jesús Cañas señala los numerosos puntos en común entre el *Libro de Alexandre* y los libros de caballerías en la "Introducción" a su ed., pp. 56-64, aunque hay que tener en cuenta la pertenencia del *Alexandre* a una tradición muy diferente de la caballeresca, la clásica, con la que ocasionalmente existen aspectos compartidos.

⁸ Juan Vitorio en su "Introducción" a su ed. de *Mocedades de Rodrigo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

el Canciller Ayala, que considera la soberbia origen de todos los demás pecados capitales (c. 65), al igual que el *Libro de Alexandre* (c. 2406), la presenta como un vicio que alcanza principalmente a los reyes (c. 73: “Pero que non só rey asaz sobervia he”. En los ejemplos bíblicos que aduce, destaca el oficio caballeresco de estos príncipes y reyes: “E fue Senacherib segunt dize Isaías / sobervio e crüel en todos los sus días: / por ende fue ferido en sus cavallerías / de los sus enemigos a grandes peorías” (c. 71). Parece evidente que también él concibe la soberbia como un pecado capital al que es especialmente proclive la caballería, y que es característico de ésta.

Los tratados didácticos acerca de la caballería no descuidan, por su parte, advertir contra los pecados capitales, y entre ellos, contra la soberbia. Ramon Llull, por ejemplo, en el recorrido que hace por los defectos que debe evitar el caballero, aconseja:

“Soberbia es vicio de desigualdad, pues hombre orgulloso no quiere tener par ni igual, y por eso ama estar solo. Y pues humildad y fortaleza son dos virtudes y aman igualdad y son contrarias al orgullo, si tú, caballero orgulloso, quieres vencer tu orgullo, reúne en tu corazón humildad y fortaleza. [...] Y si eres orgulloso, no tendrás fuerza en tu corazón por la cual puedas vencer y expulsar de tu corazón pensamientos orgullosos. Si eres derribado de tu caballo y eres preso y vencido, ¿serás tan orgulloso como eres? No, pues la fuerza corporal habrá vencido y superado al orgullo en el corazón del caballero.”⁹

El autor considera que este pecado es uno de los más difíciles de erradicar, puesto que para ello se precisa la acción de dos virtudes, humildad y fortaleza. Además incide sobre las causas de origen al ligar el orgullo a la victoria, de forma que el caballero vencido ha de perder forzosamente parte de su soberbia.

La primera novela caballeresca de origen castellano, el *Zifar*,¹⁰ asocia la soberbia con los malos caballeros, considerándola rasgo propio del malhechor feudal.¹¹ El rey de Ester y dos caballeros de su hueste, así como el rey de

⁹ Ramon Llull, *Libro de la orden de caballería*, Madrid, Alianza Editorial y Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1986, p. 81.

¹⁰ Cristina González, *El cavallero Zifar y el reino lejano*, Madrid, Gredos, 1984, distingue entre novela de caballerías medieval y renacentista, con la pertenencia del *Zifar* a la primera, idea que había rechazado anteriormente Luciana de Stéfano, quien percibe el *Zifar* más bien como un regimiento de príncipes, como defiende en “*El Cavallero Zifar: novela didáctico-moral*”, *Thesaurus*, XXVII/2 (1972), pp 173-260.

¹¹ Luciana de Stéfano, “El malhechor feudal en el *Libro del Cavallero Zifar*”, *Anales de Filología Hispánica*, 3 (1987), pp. 25-35, especialmente p. 26: “son la codicia y la soberbia de los hombres las que impiden la existencia de reinos de justicia y concordia. Los malos reyes y señores del *Libro del Cavallero Zifar* cuyos actos están basados en la codicia y soberbia, corresponden a los malhechores feudales...”.

Grimalct, aparecen expl3citamente caracterizados por su soberbia, pero otros enemigos de Zifar muestran en otras ocasiones un comportamiento soberbio.¹² En el *Zifar* la soberbia acompa1a a la codicia, en el caso de los condes y reyes que atacan injustificadamente a sus vecinos (el conde de 3feso, el rey de Ester, el rey de Grimalct), o al engreimiento caballesc, es decir, a la confianza en la superioridad de las propias virtudes caballesc y el desprecio de las del oponente, combinados con una actitud blasfema (el sobrino del conde de 3feso y los caballeros de la hueste del rey de Ester se burlan de la confianza en Dios que muestra Zifar). Al contrario que en el *Alexandre* y en las *Mocedades*, la soberbia no es caracter3stica del h3roe, que destaca por su moderaci3n y humildad hasta el punto de hacer pensar a otros personajes que es cobarde,¹³ sino de sus enemigos. La soberbia no es examinada con detenimiento, es uno m3s de los rasgos caracter3sticos de estos antagonistas. El autor concibe la soberbia como caracter3stica t3pica de los caballeros, a la que escapa su h3roe, suscitando su humildad la extra1eza de los restantes personajes. Propone, por tanto, un modelo caballesc contrario al habitual: el del Caballero de Dios. La uni3n de soberbia e injusta codicia o de soberbia e impiedad indica que esta caracter3stica se concibe m3s como un pecado que como un defecto caballesc. En el *Zifar* se percibe muy bien la disyuntiva del autor que narra las haza1as de un caballero: debe mantener el comportamiento de su personaje en delicado equilibrio entre una moderaci3n, sensatez y prudencia que puede parecer cobard3a y un arrojo y valor que pueden presentarlo como soberbio. Zifar se inclina hacia lo primero, el Rodrigo de las *Mocedades* cae en lo segundo.

En el siglo XIV queda, por tanto, ya consolidada la asociaci3n entre caballer3a y soberbia, present3ndose 3sta desde un punto de vista religioso, como pecado, pues no asume todav3a el car3cter de vicio o defecto social.

Habi3ndose perdido el *Amad3s* primitivo casi por completo, es imposible decir si la soberbia era ya un tema fundamental en esta obra del siglo XIV, pero s3 cobra una importancia especial en la refundici3n de Garci Rodr3guez de Montalvo, que se constituir3 en la obra fundacional del g3nero de los libros de caballer3as renacentistas. Reynolds ha estudiado en un breve aunque interesante

¹² *Libro del caballero Zifar*, ed. Cristina Gonz3lez, Madrid, C3tedra, 1998. Sobre el rey de Ester y sus caballeros, pp. 179 y 198. Sobre el rey de Grimalct, pp. 364-365. El comportamiento del sobrino del conde de 3feso es tambi3n soberbio (pp. 99-100).

¹³ As3 sucede, por poner un ejemplo, cuando el conde de 3feso cerca la villa de Galapia: " 'Por Dios!, cauallero', dixo el huesped, 'semejame que vos escusariedes de buena mente de lidiar; e tengo que scriades mejor para predicador que non para lidiador'. 'Çertas', dixo el Cauallero Zifar, 'verdat es; que mas de ligero se dizen las cosas que non se fazen' ." *Libro del caballero Zifar*, p. 107.

artículo los quince enemigos “soberbiosos” de Amadís.¹⁴ De estos, nueve son absolutamente malos, mientras otros seis muestran algún rasgo que les redime, si bien la soberbia no llega a constituir motivo exclusivo del enfrentamiento. Además el narrador interviene con interpolaciones moralizantes en las que increpa a los caballeros soberbios o aconseja humildad a los reyes.¹⁵ El mismo protagonista, cuando se haya en la cúspide de su fortuna, hace temer al narrador que caiga en ese defecto, pero su pronóstico no se cumple.¹⁶ Por tanto, en el *Amadís* el héroe castiga la soberbia, pero lo hace como consecuencia aneja al castigo de la injusticia.

Si, como señala Reynolds, en el *Amadís* “son soberbiosos casi todos los caballeros andantes que pululan a través de la obra, tanto los buenos como los malos, tanto los gigantes como no gigantes”,¹⁷ no es de extrañar que el castigo de la soberbia se convierta en un tópico de los libros de caballerías que tienen en esta obra su principal modelo, aunque hemos de disentir de la citada afirmación pues los buenos caballeros no suelen aparecer caracterizados como soberbios, salvo en boca de sus enemigos, que atribuyen la soberbia propia a su oponente, y no en boca del narrador, o bien se trata de una soberbia percibida por el lector actual, pero que quizá no fuera considerada así por los contemporáneos: al menos el autor no deseaba que fueran considerados como tales. Es decir, la soberbia ya no es característica de la caballería, sino de los malos caballeros. A imitación del Dardán del *Amadís*, en otros libros de caballerías no es infrecuente encontrar algún personaje apodado “el soberbio”: en las *Sergas de Esplandián* lleva este apelativo Calfeno el Sobervio (cap. 117), en el *Amadís de Grecia* Aberviz el Soberbio (libro II, cap.38), en el *Lidamor de Escocia*, Arzibán-y- Soberbio (cap. 26), en el *Baldo Ranmesio* el sobervio (parte II, cap. 31) y en el *Olivante* el caballero Tambrino (II, cap. 47), además de Tarquino Superbo (II, cap. 6), personaje que aparece en la aventura alegórica de la Casa de la Fortuna. Y si la soberbia es rasgo habitual de los antagonistas, los gigantes son definidos como soberbios de forma casi sistemática,¹⁸ y los que no lo son constituyen un caso excepcional: por ejemplo, Brabadalte, “que aunque muy fuerte fuese no era tan

¹⁴ Winston A. Reynolds, “Los caballeros soberbiosos del Amadís”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 350 (1979), pp. 387-396.

¹⁵ Reynolds, “Los caballeros soberbiosos...”, p. 388.

¹⁶ Reynolds, “Los caballeros soberbiosos...”, p. 395.

¹⁷ Reynolds, “Los caballeros soberbiosos...”, p. 394.

¹⁸ María Luzdivina Cuesta Torre, “Las insulas del Zifar y el Amadís, y otras islas de hadas y gigantes”, en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron: Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. Julián Acebrón Ruiz, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2001, pp. 11-39; sobre los gigantes paganos especialmente pp. 28-39.

soberbio como los otros” (*Lidamor*, cap. 28). En el *Clarián de Landanis* lleva el sobrenombre de “el soberbio” el gigante Tarcón, que muere a manos del héroe (cap. 32), en la Tercera parte del *Florisel de Niquea*, el jayán de la ínsula de Artafa Madarán el Sobervio (cap. 9) mientras otro personaje es Tantiles el Orgullosa (cap. 75) ,y en el *Lidamor*, el gigante Brutón el soberbio (cap. 17).¹⁹ No sólo, como sugiere Bohigas, porque se asocian los vicios morales con la desmesurada estatura y la fealdad, sino también porque, como ya advertía Ramon Llull, la soberbia está asociada a la fuerza.²⁰ Además, los gigantes son, por lo general, paganos y perseguidores de los cristianos, por lo que los buenos caballeros se enfrentan a ellos por motivos independientes de su soberbia.

El tema de la soberbia es frecuentísimo en el *Olivante*, hasta el punto de llegar a constituir uno de los rasgos típicos de los enemigos humanos del héroe. Lo advierte Isabel Muguruza, que en su análisis de los adversarios en el *Olivante* sitúa la soberbia a la cabeza de las cualidades más características de los malos caballeros, opuesta a la virtud de la humildad, que corresponde al héroe.²¹ En esto no encontramos diferencia con otros libros de caballerías: también ocurre así, por poner un ejemplo, en el *Tristán el Joven*²² La diferencia, como veremos, no se encuentra en la cantidad de enemigos soberbios, ni siquiera en el porcentaje de enemigos que son soberbios, sino en la intensidad con que se trata el tema de la soberbia: es decir, hay varios episodios caballerescos que giran en torno a este defecto. Y aunque la aventura alegórica no entra en el marco de este breve análisis la importancia del tema de la soberbia en el *Olivante* queda resaltada por ser asunto fundamental en la discusión entre los personajes alegóricos de la Fortuna, la Muerte y el Tiempo (Libro II, cap. VII)²³.

¹⁹ Los datos están tomados de las siguientes publicaciones del Centro de Estudios Cervantinos, en Alcalá de Henares: Emilio Sales Dasí, *Sergas de Esplandián de Garci Rodríguez Montalvo: Guía de lectura*, 1999; del mismo autor, *Lisuarte de Grecia de Feliciano de Silva: Guía de lectura*, 1998; Carmen Laspueñas Sarvisé, *Amadis de Grecia de Feliciano de Silva: Guía de lectura*, 2000; Jorge Francisco Sáenz Carbonell, *Lidamor de Escocia de Juan de Córdoba: Guía de lectura*, 1999; Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea (Tercera parte)*, ed. Javier Martín Lalanda, 1999; *Baldo*, ed. Folke Gernert, 2002.

²⁰ Pedro Bohigas, “Los libros de caballerías en el siglo XVI”, *Historia general de las literaturas hispánicas*, ed. G. Díaz-Plaja, Barcelona, 1951, II, p. 221.

²¹ *Humanismo y libros de caballerías*, pp.276-278.

²² María Luzdivina Cuesta Torre, “Introducción” a su ed. de *Tristán de Leonís y el rey don Tristán el Joven, su hijo*, México, UNAM, 1997, p. 60.

²³ La Fortuna declara ser “Yo sola poderosa en el mundo”, palabras que “siendo llenas de tanta presunción y soberbia, para que sin castigo y conocimiento de lo que podía no quedasse, acacció lo que agora oyréis en el siguiente capítulo” (p. 397). En seguida llega la Muerte que inicia su discurso diciendo: “Bastarte devría, Fortuna, gozar de aquel poder que el soberano hazedor de todas las cosas y por cuya mano tú fuyste formada te ha dado, sin que con tu presumpciosa soberbia, haziéndote tyrana con tu crueldad, quicras usurpar los bienes agenos atribuyéndolos a ti misma” (p. 399), a lo que Fortuna responde revirtiendo la acusación: “Tú, que por la razón has hablado, vas tan fuera de seguirla como por tus razones y obras podrá conocerse, pues que

Si pasamos a considerar la tipología de los enemigos del héroe, que es básicamente la misma que encontramos en otros libros de caballerías, vemos que consiste en: otros caballeros, jayanes, seres deformes y monstruosos, malvados encantadores o encantadoras, fieras, y seres encantados.²⁴

Nos interesa detenemos aquí en los dos primeros tipos de enemigos, que comparten la naturaleza humana, y con ella cualidades como la posesión de una voluntad propia, la inteligencia, el conocimiento del bien y del mal, y la posibilidad de ser caracterizados mediante la descripción de virtudes y defectos morales como la soberbia, además de unas facultades caballerescas semejantes a las del héroe protagonista por cuanto se enfrentan a él por las armas, en combates que, salvando las diferencias cuantitativas en destreza caballeresca, agilidad, fuerza y tamaño de los combatientes, se celebran en igualdad de condiciones. No sucede así con los malvados encantadores, contra cuyos recursos mágicos no puede actuar el caballero sin ayuda de otro mago o maga que le favorezca. Así lo ejemplifica el *Olivante*, en el que a los encantamientos de la maga Zerisa se opone la magia de la protectora del héroe, la sabia Hipermea. Por otra parte, las fieras, los monstruos, los seres encantados... difícilmente podrían ser caracterizados como soberbios o tener motivos que les condujesen a manifestar enemistad al protagonista, pues aunque del monstruo marino Bufalón (Libro III, cap. 1) se dice que tiene inteligencia o “entendimiento humano”, su comportamiento es el de una fiera, salvaje al principio y domesticada después. Es decir, en este breve análisis del *Olivante* no podrían ser definidos como soberbios enemigos del héroe ni de ningún otro caballero.

Una clasificación de los motivos de enemistad nos conduce al siguiente esquema: el buen caballero se enfrenta al mal caballero o al jayán por defender la justicia, perseguir o castigar la injusticia o la traición, defender la cristiandad o a los cristianos contra los musulmanes, aunque hay que destacar que el paganismo por sí solo no es suficiente para provocar enfrentamientos si no va unido a un comportamiento injusto, como señala I. Muguruza²⁵; y por replicar a una

queriéndome a mí llamar sobervia, vanagloriosa y desatinada, ningún desatino puede ser mayor que el que al presente hazes” (p. 401). El Tiempo zanja la cuestión acusando a ambas por igual: “¡O ciegas, fuera de todo buen entendimiento, llenas de superbia...” (p. 403). Todas las citas del *Olivante* están tomadas de la edición de Isabel Muguruza, Antonio de Torquemada, *Obras completas, II: Olivante de Laura*, Madrid, Turner, 1997.

²⁴ Es sustancialmente, con algunas matizaciones, la tipología que propone Isabel Muguruza, en *Humanismo y libros de caballerías. Estudio del Olivante*, pp. 275-276, en donde distribuye a los adversarios en cuatro categorías: malos caballeros, moros, gigantes y animales monstruosos. Sin embargo, en ocasiones los buenos caballeros se enfrentan entre sí, por desconocimiento u otros motivos, y, como ella misma señala, los moros no son adversarios por el hecho de ser musulmanes, sino cuando persiguen a los cristianos o son malos caballeros, es decir, no son una clase de enemigos.

²⁵ *Humanismo y libros de caballerías*, pp. 279-288

ofensa personal, afrenta o menosprecio; dos buenos caballeros también pueden enfrentarse entre sí a causa de la defensa de la hermosura de sus respectivas damas, la defensa legítima de su rey, señora, país, amigos, religión, por rivalidad en justas, torneos, pasos u otras pruebas caballerescas, por haberse producido un malentendido (confusión de personalidades) o por haber cometido uno de ellos una descortesía justificada (como no responder a una pregunta por motivos legítimos).

De todo ello encontramos buenos ejemplos en el *Olivante*, pues el protagonista se enfrenta sucesivamente²⁶: a los paganos que pretenden sacrificar a sus dioses al Emperador y al rey Aureliano en varias ocasiones, hasta conseguir su liberación; al mal caballero cristiano Arlistar que roba a otros caballeros y ataca un convento (le perdona la vida en la primera ocasión, pero después, ante su persistencia en su comportamiento como malhechor, acaba matándolo); al soberbio y engreído Fermusio Troyano, obligado por las insolentes palabras de éste; al jayán Boraldo Dragontino, que le desafía para vengar a su pariente Buciferno; a Aliazar por una discusión (no quiere responder a las preguntas de Olivante porque se sabe en tierra cristiana y teme ser apresado si se descubre que es musulmán); al soberbio Brandarque, en respuesta a los insultos de éste; a los traidores habitantes del castillo en fiesta; al Caballero del Halcón, don Pasadán de Lidia, por una disputa sobre la belleza de sus damas, en dos ocasiones; a los caballeros que acompañan a unas doncellas buscando sus favores amorosos; al conde de Altaroca y sus jayanes, que pretenden usurpar el reino de Macedonia; a los traidores jayanes parientes de Boraldo Dragontino, que fingen convertirse y que pretenden además satisfacer a la fuerza su lujuria; a su propio amigo Silvano, creyendo que es uno de los gigantes raptos; al rey de Persia y sus ejércitos, que pretenden apresar al Emperador de Constantinopla; a Tambrino el Soberbio; al rey siciliano Carnabor, que no acepta ser rechazado por la princesa Menadra de la Pequeña Bretaña; a los soberbios acompañantes vengadores del cuerpo muerto del duque Fisón; a Brontanar de Arcadia en defensa de la viuda Artaida; a los caballeros musulmanes que tienen como esclavo a Darisio; a los jayanes que atacan a los hijos del soldán de Babilonia; al mismo soldán y sus ejércitos; a la armada musulmana que ataca la isla de Creta.²⁷

²⁶ Excluimos de este análisis los enfrentamientos “deportivos” de justas y torneos, pues no suponen existencia de enemistad ni exigen otras causas que el ejercicio de las armas y la obtención de honra o prestigio militar. Los números de página se refieren siempre a la edición citada de Isabel Muguruza.

²⁷ Para un resumen del argumento de la obra es conveniente consultar el libro de Jesús Duce García *Olivante de Laura de Antonio de Torquemada* (Barcelona, Claude Bornat, 1564) *Guía de lectura*, donde puede encontrarse además un diccionario de personajes.

Otros personajes, caracterizados como buenos caballeros y que son amigos del héroe o incluso familiares suyos, comparten con éste el mismo tipo de enemigos y de motivos para enfrentarse a ellos: Don Rosanel se enfrenta al soberbio rey Arcanor, pagano que pretende hacer su esposa a la fuerza a la princesa Danisea de Creta (II, 17); Silvano se enfrenta a un caballero “sobervio y de malas condiciones” que retiene a la anciana madre de dos doncellas para casarse con una de ellas (II, 22); Darisio se enfrenta a los traidores y descorteses caballeros raptos de la hija del rey moro de Damasco, Polamira y sus doncellas, que le niegan el saludo y después no responden a su pregunta (III, 24-25, especialmente, p. 880)...

La mayoría de estos enemigos son calificados en un momento u otro de soberbios, pues incluso cuando el enfrentamiento se produce con un grupo de caballeros, uno de ellos suele ostentar esta característica.²⁸ Estos episodios presentan bien casos en los que el motivo de la enemistad es el propio comportamiento soberbio, bien casos en los que la soberbia se añade al comportamiento injusto, descortés (aunque descortesía y soberbia están muy próximas, como ya advertía en su *Arcipreste de Talavera* Alfonso Martínez de Toledo²⁹) o a otros motivos de enfrentamiento. Por otra parte el mismo Olivante es acusado de soberbia por sus oponentes en alguna ocasión: Ganimar lo hace al verse desafiado y amenazado de muerte por él, y el Caballero del Halcón califica de soberbias sus palabras por no querer reconocer la superioridad de su amor (pp. 127 y 415). En ambos casos es evidente que la acusación es injusta, pues Olivante dice la verdad. Reynolds y Muguruza identifican la soberbia con un aspecto de la ira y la saña del caballero, que favorecía su eficacia en las batallas.³⁰ No parece que esto sea así: la ira de Olivante surge ante la injusticia o es la reacción lógica ante el insulto o el ataque inmotivado (por ejemplo, en pp. 366, 369, 379, 416, 498...), y se equipara más bien con el ardor bélico. Por otra parte, los caballeros soberbios desprecian a su oponente e inician el enfrentamiento con desgana muchas veces, diciendo que es poco honroso para ellos enfrentarse a un caballero

²⁸ Indicamos a continuación las páginas en las que aparece de forma explícita la alusión a la soberbia de los caballeros o gigantes: 39, 84, 97, 101, 109, 111, 112, 113, 127, 172, 228, 248, 251, 252, 283, 299, 300, 352, 369, 397, 399, 400, 403, 415, 436, 438, 443, 474, 503, 559, 706, 728, 733, 741, 755, 758, 759, 761, 762, 763, 767, 769, 770, 785, 814, 860, 873, 880.

²⁹ Alfonso Martínez de Toledo considera la soberbia el primer pecado capital, la equipara a la descortesía y al orgullo, y la asocia especialmente a los caballeros enamorados que definen la belleza de sus damas: “Quando toma su cavallo – si es de tal estado – quando fuere por la calle non guardará a asnos nin burras, pobres nin mal vestidos, que con todos non tope muy descortésmente...Eso mesmo digo de cavalleros burgesses e otras personas de estado o manera qualesquier que aman locamente...” Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, ed. M. Gerli, Madrid, Cátedra, 1979, p. 127.

³⁰ Reynolds, “Los caballeros soberbiosos del *Amadís*”, p. 394; Muguruza, *Humanismo y libros de caballerías*, p. 277.

tan insignificante, sin que sus ofensas aparezcan como efecto de la ira, como podr3a verse a continuaci3n.

Como contrapartida a la cr3tica de la soberbia, el autor se preocupa de introducir la alabanza de la virtud contraria: la humildad. En el enfrentamiento con el soberbio Fermusio Troyano, el emperador "que de las costumbres de Fermusio estava no muy pagado... holg3 [de que hubiera sido vencido], por las palabras de sobervia que con el cavallero av3a passado". A 3ste, que es Olivante encubierto, le dice "Buen cavallero, par3ceme que con humildad venc3is en las palabras y con las obras en las armas" (pp. 252-253). El personaje de Silvano, cuyos bajos or3genes revelan no serlo tanto al final de la obra, se muestra tambi3n como vencedor del vicio de la soberbia al no olvidar a su madre, a pesar de ser una simple pastora, cuando se ve reconocido como hijo del Emperador: "El emperador y todos los que presentes estaban tuvieron a muy gran virtud lo que Silvano con Silveida haz3a, no se desdeñando de tenerla por madre, como otros con sobervia de averse conocido como hijos de tal padre tuvieran" (p. 873). La situaci3n del episodio relativo al ascenso social de Silvano y de la reflexi3n elogiosa que transmite el narrador le otorgan un especial significado.

La abundancia de caballeros soberbios imposibilita un repaso exhaustivo: nos limitaremos a analizar tres episodios en los que el antagonista de Olivante es presentado como soberbio de forma reiterada, de forma que la soberbia se convierte en el rasgo fundamental de la caracterizaci3n del personaje. Son casos en los que Olivante se enfrenta a su antagonista por propia iniciativa y no al ser atacado. La distinci3n es importante, pues el caballero atacado se encuentra en la obligaci3n de defenderse, independientemente de los motivos existentes para el enfrentamiento. En cambio, cuando el h3roe inicia las hostilidades debe justificar con razones esa ruptura de la paz demostrando que es necesaria para mantener las normas o leyes de la caballer3a andante.

Uno de los caballeros soberbios que se enfrentan con Olivante es Brandarque,³¹ quien, si no es un gigante, si aparece caracterizado f3sicamente por su fuerza, rasgo que bajo la forma de ep3teto 3pico acompaña siempre a su nombre: el fuerte Brandarque. De todos los caballeros caracterizados como soberbios, Brandarque es especialmente interesante porque su soberbia es el 3nico motivo para su enfrentamiento con el protagonista: es cristiano, no ha cometido ninguna injusticia ni se le confunde con otro personaje malvado.

³¹ El personaje aparece en las p3gs. 368-372 de la ed. de Isabel Muguruza, as3 como las citas a 3l referidas que se reproducen en este estudio.

Tampoco es un gigante en quienes “siempre reyna más el vicio de la soberbia” (p. 559). El autor le presenta a través de la descripción de otro personaje, un escudero del rey de Ungría, que no cree “que otro que le pueda ygualar en bondad de armas pueda aver en el mundo”. Este juicio se basa en las observaciones del propio escudero, y no en la fama o en las palabras de Brandarque: “y esto puedo juzgar por las grandes proezas y altas cavallerías que en el reyno de Ungría ha hecho” (p. 368). El mismo escudero se ocupa, además, de describir a Brandarque en cuanto a sus cualidades morales, destacando su soberbia, rasgo que disminuye o tal vez, incluso, anula, a juicio del escudero, la mencionada “bondad en armas”: “apartada dél la gran soberbia que tiene, yo no creo que otro que le pueda ygualar [...] pueda aver”. La soberbia del caballero se ha visto acrecentada por la valoración ajena: “Y como el rey estuviesse muy pagado dél y él muy sobervio de ver lo mucho en que de todos era estimado”. La narración del escudero se carga de ironía para explicar cómo Brandarque considera cosa fácil superar las pruebas de la isla de la Ventura e importuna al rey para que le acompañe y presencie su éxito: “oyendo dezir desta isla de la Ventura y de las grandes cosas que en ella avía, pareciéndole que no estava en más conquistarla, de venir él a ella, tanta fue su importunidad y ruegos que el rey por hazerle plazer se quiso hallar presente”. El relato del escudero termina con frases que transparentan su deseo de que Brandarque fracase, aunque no lo formula explícitamente: “Y todos van con mucho desseo [...] de ver provar en ella al fuerte Brandarque [...] para ver si conformará el hecho con las palabras, porque con su soberbia no lo estima en más que vencer al más baxo cavallero del mundo” (p. 368). El escudero, a pesar de que antes ha garantizado la fuerza y habilidad bélicas de Brandarque, ahora parece insinuar que no será capaz de mantener lo que ha dicho, es decir, que no sólo es soberbio, sino también fanfarrón, alabándose de lo que luego no podrá ejecutar.

Si hasta aquí el lector conoce al soberbio caballero tan sólo a través del juicio del escudero, a continuación va a recibir confirmación de la certeza de esa valoración por dos vías: primeramente a través del narrador, que describe su soberbia como “infernál”, y seguidamente a través de las propias palabras del personaje, que lo caracterizan no sólo como soberbio, sino también como envidioso:

[El rey ...venía hablando... en que los cavalleros parecían de alta guisa y de gran hecho de armas...] El fuerte Brandarque, *no aviendo olvidado las mañas de su infernal soberbia*, pareciéndole ser desprecio suyo que en su presencia nadie fuesse loado, le dixo: - Nunca la bondad ni esfuerço debe ser juzgada por el parecer de los hombres, porque las más vezes se engañan, que parece muy al contrario en la experiencia, como agora vuestra soberana grandeza podrá ver (p. 369).

La envidia no aparece aquí como vicio independiente, sino como consecuencia de la soberbia, que se convierte a continuación en descortesía y burla, “desprecio y escarnio” hacia quienes en nada le han ofendido. Brandarque, viendo a Olivante y Aliazar armados con sus pesadas armaduras, soportando el calor y a pie, pues les han robado los caballos, se ofrece a darles cabalgaduras, siempre y cuando le den a cambio sus armas, y, además, se lo agradezcan. Insinúa también que han perdido sus caballos por no haber sabido defenderlos, es decir, indirectamente les trata de malos caballeros. El otorgar las armas del vencido al vencedor era condición habitual en los combates caballerescos, con lo que la pretensión de Brandarque es especialmente ofensiva, suponiendo que los caballeros no se atreverán a combatir porque se saben vencidos de antemano.

La respuesta de Olivante está dictada por la ira y se ajusta al tono en el que Brandarque le ha hablado, pues usar ahora de cortesía podría ser interpretado como cobardía, de ahí que a los personajes que observan la escena “les pareció muy bien lo que Olivante avía respondido”. Por el contrario, Brandarque ve la paja en el ojo ajeno, pues queda “espantado de la presunción con que avía hablado”, y no es de extrañar, pues Olivante le ha recriminado abiertamente su soberbia: “mas os agradeciéramos que dexássedes de ser sobervio y de dezir las locuras que avéis dicho”. Su engreimiento le lleva a alabarse descaradamente a sí mismo, diciendo que si le conociesen le habrían hecho otro acatamiento “por lo que todos los caballeros que armas traen me deven” (p. 370), lo que sin duda es una afirmación exagerada por muchos que pudieran ser sus merecimientos. Su segundo intercambio de palabras con Olivante concluye en amenazas y en un insulto, “viles cavalleros”, especialmente hiriente, puesto que la nobleza es requisito indispensable para ser armado caballero y un villano no podría serlo. Ante el desafío de Olivante, Brandarque demuestra de nuevo su soberbia menospreciando a su oponente, pues pretende combatir a la vez contra él y contra Aliazar: “pues que un golpe de lança y otro de espada bastarán a deshazer lo poco que contra mí ambos juntamente hazer podéis”.

Comenzada la batalla, Olivante desaprovecha la oportunidad de obligar a Brandarque a rendirse y le ayuda a levantarse, para que no atribuya su vencimiento al fallo de su cabalgadura, excusa habitual de los caballeros derrotados en la justa.³² El combate a espada revela rápidamente la superioridad de Olivante, pues su enemigo “con menos sobervia que al principio de la batalla

³² Véanse dos ejemplos en *Tristán de Leonís*, ed. María Luzdivina Cuesta Torre, Alcalá, Centro de Estudios Cervantinos, 1999, pp. 96 y 151, en las que Lamarad y el mismo protagonista son derrotados a causa de un fallo de su cabalgadura. También le ocurre a don Quijote (I, cap.IV).

se tiró afuera por descansar”. Brandarque cae desmayado a causa de la sangre perdida y es el rey de Ungría quien le declara vencido.

Hay que observar que el comportamiento de Brandarque es el de un buen caballero, tal como dijo el escudero, si se exceptúan su soberbia y los vicios derivados de ella, es decir, su orgullo, presunción, descortesía, envidia, bravuconería, menosprecio y burla del contrincante. Como origen de otros vicios, la soberbia aparece adjetivada como “infernál”, aludiendo quizá a su capacidad de llevar a quien la posee al infierno, pero más bien recordando el pecado luciferino, origen mismo de la existencia de los diablos y el infierno según el *Génesis*. Así parece acreditarlo la mención a la soberbia de Lucifer, comparada con la del jayán Branfor (p. 84).

Brontanar, otro buen caballero en armas aquejado por la soberbia, recibe el adjetivo de “endiablado”: “como este endiablado Brontanar, que assí se puede llamar, fuesse muy sobervio y de poca virtud, y en quien todos los vicios del mundo reynan” (p. 758). Olivante le considera ya condenado al infierno en vida: “en el infierno estás ya metido siendo bivo, no ay razón de sufrir tus sobervias sin que el ánima vaya a pagar lo que juntamente con el cuerpo merece” (p. 770). Es interesante advertir que si en el caso de Brandarque el lector deduce por sí mismo el cúmulo de defectos morales generados por la soberbia, a Brontanar se le describe ya dominado por todo tipo de vicios, y efectivamente, su actuación los evidencia: es lujurioso, pues intenta violar a la duquesa Artaida y asesina al duque Fisón por ello (p. 758), es mentiroso, ya que en la corte se defiende de la acusación de asesinato diciendo que fue atacado por Fisón a traición (p. 759), es descortés, bravucón y despreciativo, pues injuria a Olivante en su ausencia (p. 762), y es blasfemo, pues maldice a sus dioses (p. 769).

El episodio, más extenso que el de Brontanar, se desarrolla de forma similar: otro personaje presenta al lector y a Olivante a un caballero fuerte sobremanera – en este caso se le considera invencible incluso (pp. 759, 758, 762; “todos dezían que Olivante del encuentro sería muerto, y avían lástima dél viéndole en tal peligro”, p. 767) –, diestro en las armas y valeroso, pero dominado por la soberbia; el desafío se produce delante del rey o del soldán en cuyo séquito o corte se encuentra el caballero soberbio y éste desprecia a Olivante proponiendo luchar a la vez contra dos caballeros; en ambos casos Olivante rechaza esa ventaja.

Como en el caso de Brandarque, la soberbia hace que se anulen los méritos caballerescos: “Brontanar – respondió Olivante - , essas tus sobervias te

quitan la bondad de que te loas y en ti parece” (p. 767). La soberbia de Brontanar aparece confirmada esta vez por el testimonio de otros personajes (p. 763), y equiparada a la injusticia de su causa como motivo de que pierda la batalla: “Yo creo que mis fuerças contra las de Brontanar serían pocas si la justicia de la duquesa no las acrecentaren, disminuyendo la sobervia de Brontanar las tuyas, recibiendo el castigo que de sus perversas y dañadas obras le está guardado” (p. 763). Más tarde, quienes contemplan la batalla también atribuyen la ventaja de Olivante a la causa que defiende: “creo que debe de ser verdad la trayción que la duquesa de Fis3n a Brontanar acusa, porque de otra manera imposible fuera durar el cavallero contra sus poderosas fuerças; mas es tan gran fuerça la de la verdad que ella misma se descubre” (p. 770).

El origen de su soberbia se debe a su talla, casi gigantesca (“la estatura suya era mayor que de ning3n cavallero y para jayán le faltava muy poco... assí que bien parecía mostrar las poderosas fuerças que tenía”, p. 766) y a sus victorias sobre jayanes (“en un escudo de muy fino azero traía pintado un cavallero que a dos jayanes cortava las cabeças”, p. 766).

Olivante ofrece a Brontanar la oportunidad de arrepentirse y salvarse, pero éste la desprecia. A medida que avanza la batalla se va demostrando la superioridad del buen caballero sobre el malo, que est3 cegado por la furia y la soberbia (“Brontanar, a quien su sobervia tenía todavía ciego”, p. 769), y blasfema reiteradamente de sus dioses: “y echando espumajos por la boca, renegava y blasfemava de sus dioses, escupiendo dellos y diciendo cosas que a todos ponían espanto”, p. 768; “Aunque los dioses a quien yo maldigo te ayan defendido hasta agora de mí, no pienses que su poder bastará a librarte de mis manos”, p. 769). Frente a la impiedad de su enemigo, Olivante se encomienda a Nuestra Se3ora (p. 770). Finalmente la batalla concluye con la muerte de Brontanar, debida a su propia soberbia, que le hace confiarse excesivamente (p. 771) y a la destreza de Olivante. A la superioridad moral corresponde, por tanto, la superioridad f3sica en el curso de la batalla, no sólo porque, como se dice explícitamente, Dios o los dioses, est3n “enojados de las grandes sobervias de Brontanar” (p. 779), sino porque sus mismos defectos conducen al malvado a errores de juicio. En la fase final de la batalla Brontanar cree en varias ocasiones que el golpe que va a dar ser3 el definitivo, momento que aprovecha Olivante para esquivarlo y desequilibrar y herir a su oponente.

Lo más interesante del episodio de Brontanar es que la soberbia adquiere, como causa de la muerte del personaje, un relieve inusitado, equiparable al castigo por el crimen cometido. De hecho, si la soberbia no le tuviese ciego todavía,

como señala el autor, podría haberse arrepentido y salvado la vida, aceptando la oferta de Olivante. Soberbia, asesinato, falso juramento de inocencia, intento de violación, blasfemias... todo ello aparece situado en un mismo nivel a los ojos del lector para garantizar la corrupción moral del personaje.

El caballero más representativo del vicio de la soberbia es, sin duda, Tambrino el Soberbio, a quien su orgullo llevará a un doble asesinato. Al contrario que en el caso recién analizado, aquí asesinato y soberbia no son independientes, sino que el primero es consecuencia directa de la segunda. Al ser rechazado en sus pretensiones amorosas pretende tomar a la doncella por la fuerza, y al enterarse de que ésta ha preferido a un rival más pobre, Tambrino se venga matando a la pareja. Olivante y Grisalter, que contemplan el asesinato de la doncella sin poder hacer nada por encontrarse desarmados, salen en persecución del asesino, que les ha despreciado llamándoles “doncellas”, tras informarse de su identidad por un escudero. Este presenta a Tambrino, “el qual, aunque es rico y señor de gran tierra, sus malas costumbres y sobervias son tantas que a todos los que lo conocen tenía descontentos” (p. 694).

Al enfrentamiento entre Olivante y Tambrino precede el habitual intercambio de palabras, en el que Olivante desafía a Tambrino, “monstruo ... contra toda razón, no la guardando ni teniendo como en los buenos cavalleros la debe aver”, por la muerte de la doncella, que considera “gran trayción y maldad” (p. 705). Tambrino responde “no perdiendo punto de su sobervia”, que “a vosotros os fuera muy mejor no hazeros jueces en causas ajenas y donde no os llaman para ello”, considera fácil matarle, así como a Grisalter, y les ofrece el perdón si se arrepienten y le piden misericordia en lugar de luchar. Durante la batalla, el narrador no descuida comentar la fuerza y destreza de Tambrino “que a maravilla era buen cavallero si su sobervia no le estragara” (p. 706). Tampoco descuida hacer notar que Tambrino, al ver que está perdiendo, “renegando y blasfemando de lo que veía”, se ve dominado por la ira, momento que aprovecha Olivante para cortarle la mano de la espada y hacerle huir. Pero hasta huyendo tiene mala intención, pues pretende llevar a Olivante hacia Bufalón, para que el monstruo lo mate. Claro está que Olivante vence a Bufalón. La forma en que lo logra manifiesta el deseo del autor de establecer un paralelismo entre el monstruo y Tambrino, al que ya antes ha llamado monstruo al compararlo con Bufalón (“no sé yo qué mayor monstruo puede ser que tú eres, pues si esse otro lo es contra natura, tú lo eres contra toda razón”, p. 705), pues si al caballero le había hecho huir al cortarle la mano derecha, a Bufalón, que también huye, “le hendió la mano toda con el braço por entre las canillas assimismo hasta cerca del otro codo” (p. 712), y cuando se vuelve a enfrentar a él “le dio en el braço que hendido

tenía tal golpe que, como el otro, con la mano se lo echó en el suelo” (p. 718). Ambos monstruos se rinden y arrepienten, recibiendo el perdón a cambio de una “enmienda y penitencia”. Quien usa esta terminología religiosa, “hincando las rodillas en el suelo”, confesando su “gran traición y sobervia”, es Tambrino, quien al inicio de la pelea pretendía que Olivante y Grisalter se arrepintieran: sus palabras soberbias se han trocado en humildes por el miedo de la muerte, como destaca el narrador (p. 713). Pero también Bufalón suplica por su vida hincando las rodillas y con los brazos en cruz (p. 720). El castigo de Bufalón y Tambrino es, igualmente, paralelo, pues juntos han de presentarse en la corte de Constantinopla y allí cumplir la pena que les imponga la princesa Lucenda (p. 721).

Los episodios de Brandarque, Brontanar y Tambrino manifiestan algunas características comunes en su planteamiento: los soberbios son presentados como tales por un tercer personaje, que actúa como narrador-testigo y que pretende ofrecer un punto de vista verídico e imparcial; la soberbia se ve confirmada por el narrador de la obra y por los hechos y palabras del caballero soberbio, el cual es descrito en todas las ocasiones como “buen caballero” en cuanto a su fuerza y destreza con las armas. Éste insulta a Olivante, le desprecia como caballero considerando poca cosa vencerle y le incita a renunciar al enfrentamiento por temor a la muerte, tratándole como cobarde implícitamente. En el curso del combate la superioridad de Olivante queda manifiesta, demostrando la falsedad de las palabras de su oponente. Los dos caballeros cristianos se salvan: Brandarque porque el rey de Hungría suplica por su vida mientras está inconsciente y Tambrino porque se arrepiente y conjura a Olivante por aquello que más ame para que le perdone. El musulmán pierde la vida.

Como puede apreciarse en estos ejemplos, la soberbia en el *Olivante* no es rasgo de la caballería; por el contrario, es rasgo que anula la bondad caballescaca. El mal caballero puede ser, además, soberbio. Pero un buen caballero puede ser soberbio también, aunque entonces dejará de poder considerarse como tal. Es decir, la soberbia no es una característica colateral de la maldad caballescaca, sino que constituye en sí misma causa u origen de esa maldad.

En conclusión, la soberbia en cuanto que es uno de los pecados capitales es objeto frecuente de disquisiciones moralizantes en las obras medievales. Los tratados sobre la caballería insisten también en la necesidad de que el caballero luche contra este vicio. Sin embargo, en los libros de caballerías, como ejemplifica bien el caso del *Olivante*, la soberbia no es perseguida únicamente por ser un pecado, aunque se la califique a menudo de “infernál” o diabólica, sino por constituir un vicio anticaballescaco, una ruptura del código

de comportamiento cortés que debe caracterizar al caballero y un defecto al que son especialmente proclives los caballeros diestros en las armas. Como ruptura del comportamiento cortés y caballeresco su categoría es equiparable a otras rupturas del mismo código, como son la comisión de injusticias o la traición. Es pues una característica especialmente peligrosa para la caballería, pues afecta principalmente a sus miembros más eminentes y destacados.

Los antagonistas del caballero cumplen la función de perfilar las virtudes del héroe indirectamente, mediante la descripción de sus actos, de forma que el mismo lector puede deducirlas de su comportamiento y apreciar sus consecuencias. El héroe se constituye entonces en modelo práctico en el que comprobar la efectividad del buen obrar caballeresco. Olivante, caballero victorioso y futuro rey, no cae en ningún momento en el vicio de la soberbia, evitando así el defecto al que son más proclives los caballeros fuertes y diestros con las armas. Frente a la soberbia de sus enemigos, la humildad del protagonista, que no se ensoberbece a pesar de ganar todos los combates en los que participa, resulta realzada.

Una importante evolución se ha producido desde las obras medievales a los libros de caballería renacentistas. La soberbia no es ya sólo un pecado, sino un defecto que atenta contra la misma esencia de la caballería, y que convierte al buen caballero en malo. El teocentrismo medieval ha dado paso al humanismo. Siguiendo el ejemplo amadisiano, Torquemada demuestra que es posible evitar caer en la soberbia sin ser tachado de cobarde. Pero el *Olivante* va un poco más allá que el *Amadís*, haciendo que la soberbia, por sí misma, sin que la acompañe otra razón, sea causa de enfrentamiento y motivo para que quien pudiera ser un buen caballero deje de serlo.

El barbero y el cura del escrutinio cervantino conocían bien el *Olivante de Laura*, una obra que no mereció un juicio favorable por su parte,³³ no así, parece, don Quijote, que a pesar de tenerlo en su biblioteca no identifica la

³³ En el *Quijote* Cervantes cita al *Olivante de Laura* en el capítulo VI de la Primera parte, durante el escrutinio, en el que el cura lo denomina tonel por su tamaño, en realidad no tan grueso, y lo condena por mentiroso, disparatado y arrogante (p. 79), en el XX, donde pretende hacer poner en olvido todos los "Tirantes y Olivantes" (p. 208 de la ed. citada), y en el cap. LXVIII de la Segunda parte el Caballero de la Blanca Luna copia su nombre del que había llevado Olivante (se llama Caballero de la Luna durante sus aventuras en Babilonia). Citamos por la edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico en Biblioteca Clásica, 50, Barcelona, Instituto Cervantes y Crítica, 1998. Cervantes demuestra conocer este libro de caballerías en el entremés del *Vizcaino fingido*, en el romance final (Isabel Muguruza, "El *Olivante de Laura* en la biblioteca de Cervantes", pp. 269-270). En cuanto al negativo juicio del cura sobre el Olivante, hay que hacer notar que la condena no está en boca de Cervantes, ni en la del "autor implícito" del *Quijote*, sino que la formula uno de sus personajes, pues como bien señala Félix Martínez-Bonati (*El Quijote y la poética de la novela*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios cervantinos, 1995, p. 193) las condenas al género de los libros de caballería "la hacen preferentemente, no el

aventura del cuerpo muerto con ninguna de las leídas en sus libros de caballerías.³⁴ Sin duda estaba entre las lecturas caballerescas de Cervantes, de quien nos llega la noticia, recientemente confirmada por otras vías, acerca de su autor.³⁵ Don Quijote se refiere alguna vez a sus enemigos con el epíteto de “soberbios”,³⁶ lo que no resulta sorprendente, pues en los libros de caballerías, y por tanto, claro está, en el *Olivante*, es frecuentemente una de las características que presentan los antagonistas humanos del héroe. Cervantes, al parodiar el género, recoge sus rasgos definitorios, de manera que su obra es buen catálogo de tópicos y motivos habituales de la literatura caballeresca.³⁷ Cuando don Quijote enumera los deberes caballerescos, entre ellos ocupa un lugar destacado el castigo de los soberbios (*Quijote* II, c. 1, p. 633.12; y II, c. 52, p. 1055.25), precisa que su profesión exige “acocear a los soberbios” (*Quijote* II, c. 18, p.781.5), actitud que él mismo ejemplifica, a juicio de su escudero (*Quijote* I, c. 52, p. 588.4). Por otra parte, entre las cualidades caballerescas estará la de no ser soberbio, virtud que aconseja cultivar a Sancho (*Quijote* II, c. 6, p. 676.8 y c. 42, p. 970.20). Pero si Cervantes es bien consciente de la existencia del tópico de la soberbia de los antagonistas caballerescos, no hace de él el constante uso que encontramos en el *Olivante de Laura*. Y eso es porque el relieve que este defecto adquiere en la obra de Torquemada es muy superior al habitual en otros libros de caballerías. No en vano Torquemada dedica el más extenso de sus *Coloquios satíricos* al tema de la honra, rebelándose contra las ceremonias de cortesía vana, mostrándose a favor de una honra que recaiga en los propios méritos y no en la sangre heredada y recordando el tema de la caída de príncipes, cuya principal advertencia es evitar ensoberbecerse.³⁸

narrador, sino otros; no el “autor” del prólogo a la Primera Parte, sino su anónimo amigo; al final de toda la obra Cide Hamete; en los pasajes teóricos, el cura y el canónigo”.

³⁴ La aventura del cuerpo muerto (*Quijote* I, cap. 19) muestra notables similitudes con un episodio del *Olivante*: el caballero muerto es el duque Fisón, asesinado a traición por Brontanar de Arcadia (*Olivante*, III, caps. 7-9), como señala Isabel Muguruza en “El *Olivante* de Laura en la biblioteca de Cervantes”, *Anales cervantinos*, 33 (1995-97), pp. 247-271, donde indica también otras similitudes entre esta obra y los episodios de la aventura del barco encantado y de la cueva de Montesinos, y en su “Introducción” a su edición de *Olivante de Laura*, p. xxii.

³⁵ Lina Rodríguez Cacho, “*Don Olivante de Laura* como lectura cervantina: dos datos inéditos”, estudio en el que aporta dos documentos que revelan que los hijos de Torquemada intentan conseguir el reconocimiento legal de sus derechos sobre esta obra, cuyo manuscrito le fue robado a su padre.

³⁶ Gente soberbia son los mercaderes en *Quijote* I, cap. 4, p. 68.23, los caballeros que acompañan a la dama de la aventura del vizcaíno en I, cap. 8, p.101.20, el soberbio Alifanfarón de I, cap. 18, p. 194.18; y es característica propia de gigantes en II, cap. 8, p. 691.17. Don Quijote también ofrece vengar los agravios de algún soberbio en I, cap. 17, pp.182.26.

³⁷ Mari Carmen Marín Pina redacta como complemento a la edición del *Quijote* un estudio sobre este tema, “Motivos y tópicos caballerescos”, Volumen complementario a la citada ed. del *Quijote*, pp. 857-902.

³⁸ “Colloquio de la honra”, pp. 361, 365, 366, 369, 371, en A. de Torquemada, *Obras completas*, I. Muguruza, *Humanismo y libros de caballerías*, pp. 188-207, trata el tema de los códigos de la soberbia mundana en esa obra de Torquemada y la relación entre soberbia y honra.